

# En el oscuro corazón de la etnografía

## Ética y desigualdades en las relaciones íntimas al interior del campo\*

KATHERINE IRWIN\*\*

Hacia fines de la década del '90 las tradiciones de investigación feministas, existencialistas y posmodernas corrieron el velo de la objetividad desestimando el método científico. Estos paradigmas no solo le daban envión a la sociología cualitativa, sino también alentaban la celebración de la naturaleza subjetiva de la investigación inspirada en una colección de historias personales relacionadas con la metodología, que concentraran su atención en las experiencias de inmersión sexual (Bolton 1991, 1995, 1996; Cesara 1982; Davis 1986; Goode 1999, 2002; Johnson 1975; Kulick and Willson 1995; Lee 1978, 1979; Murray 1996; Palson and Palson 1972; Rabinow 1977; Schneebaum 1969; Stewart 1972; Styles 1979; Turnbull 1986; Van Lieshout 1995; Wade 1993), romántica (Blackwood 1995; Gearing 1995; Newton 1993) o emocional (Ellis and Flaherty 1992; Gubrium and Holstein 1997) en el campo. Aunque los investigadores cualitativos de fines del siglo veinte estuvieron siempre dispuestos a ganar una “familiaridad íntima” con sus sujetos (Lofland and Lofland 1995), lo que hace diferentes a estos abordajes contemporáneos de la intimidad en el campo es que los encuentros íntimos ya no son notas al pie más o menos interesantes. Estos se han convertido, ahora, en los principales tópicos de investigación.

A fines de los '90 empecé a prestar especial atención a la emergente tradición de intimidad etnográfica. Las razones de mi interés en este tipo de etnografía eran personales. Fascinada con el tema de las “culturas desviadas”, y especialmente con las ocupaciones que tuviesen que ver con estas culturas, había empezado a investigar en el negocio de tatuajes de mi novio, llamado el “Blue Mosque”. De inmediato me di cuenta de que estar enamorada de mi informante clave –quien se transformó en mi marido durante el transcurso de mi estudio– tendría influencia en casi todos los

\* Traducción: Hernán Vanoli. Traducido de IRWIN, K. “Into the Dark Heart of Ethnography: The Lived Ethics and Inequality of Intimate Field Relationships”, *Qualitative Sociology*, vol. 29, n° 2, p.155-175.

\*\* Profesora Asociada, Departamento de Sociología, Universidad de Hawai'i, Manoa.

aspectos de mi investigación y de mi vida personal. Inicialmente, me sentí estimulada por la tendencia hacia la etnografía intimista y creí que mi relación sería vista como una prueba de inmersión emocional y profundo compromiso con mi tema. Sin embargo estaba preocupada por la ética investigativa, lo que me hizo empezar a revisar la literatura sobre los métodos íntimos en busca de una guía para ayudarme a evitar que los miembros del campo pudiesen salir lastimados.

Aunque la creciente aceptación de instancias íntimas en el campo me complacía y seguí de cerca las guías éticas para el trabajo con la intimidad, al final me di cuenta de que mi rol de investigadora le abría las puertas a dolorosos desequilibrios de poder que traían implicancias trágicas tanto para mi marido, Lefty Blue<sup>1</sup>, como para mí, todavía más trágicas que las consecuencias asociadas con permanecer distante, sin emociones, con una mirada objetiva. Esto me hizo volver a algunos de los modelos que tienen en cuenta la intimidad en el trabajo de campo. Mientras que en un principio estaba de acuerdo con la mayoría de las recomendaciones metodológicas, cuando mi matrimonio y mi investigación terminaron encontré que las injusticias y el daño operaron de una manera bien diferente de la que se había sugerido.

En las siguientes secciones de este artículo me propongo revisar los argumentos favorables y las advertencias éticas al interior de la tradición de investigación involucrada con la intimidad. Examinando esta literatura más de cerca, mi hipótesis consiste en que la misma concentró gran parte de su atención en los micro-contextos donde ocurren el daño y la explotación, en desmedro de localizar nuestras discusiones éticas en un contexto estructural más amplio. Por estructura entiendo las propiedades que estimulan a las diversas prácticas sociales (especialmente las desigualdades) a transformarse en patrones sistemáticos en el tiempo y el espacio.<sup>2</sup> En la próxima sección, exploro las altas y las bajas de mi experiencia a través de mis contactos cercanos y aquellos forjados en la investigación. Después me vuelvo sobre los momentos de mi experiencia a través de mis contactos cercanos y aquellos propios de la investigación en el propio campo, y describo las formas en que intenté hacer uso de las pautas éticas. Como lo señalé, para evitar la explotación hice uso de diversas estrategias interpersonales que hicieron muy poco, a fin de cuentas, para ayudarme a evitar que mi esposo saliese dañado y lastimado. De hecho, y a pesar de mis mejores intenciones, descubrí que mis precauciones con respecto a la intimidad reforzaron ciertas desigualdades, y cuando

<sup>1</sup> Todos los nombres de gente y de lugares (a excepción de Hawai) en este trabajo son seudónimos.

<sup>2</sup> En esta definición estoy tomando muy específicamente la teoría de Giddens (1984) sobre la estructuración antes que el tratamiento clásico que la etnometodología le daba a la estructura, a pesar de que los etnometodólogos suelen ser reconocidos por haber avanzado con el concepto de “hacer la estructura”. Prefiero la definición de Giddens porque evoca de diferentes modos tanto discursivos como no discursivos las formas en que las desigualdades sistemáticas entre los actores (digamos entre un hombre y una mujer en un contexto particular) y las colectivas (digamos entre las subculturas desviadas y la sociedad convencional) se ponen en juego o son resistidas. Además, la definición de Giddens de estructura, que gira en torno de las propiedades que hacen posibles prácticas regularizadas, centra su atención en las reglas y recursos que subyacen y son activados durante las interacciones. Por lo tanto, cuando una persona llena de tatuajes es rechazada en público o se le niega el servicio en un restaurante, esto pone en evidencia las reglas tácitas, no dichas, que están siendo evocadas y sostenidas. Como si fuera poco, esas situaciones son un ejemplo de los momentos en que el poder entra en escena influenciando el acceso que los actores tienen a los diferentes recursos (de estatus o materiales).

tratamos de resistirnos a ellas chocamos contra nuestros propios esfuerzos. Finalmente, miro hacia atrás al final de mi investigación y de mi matrimonio y concluyo que las guías y los debates éticos en torno a la subjetividad, la intimidad y la inmersión en el campo se han concentrado demasiado en los micro-contextos de explotación y daño. Fallaron en delinear la forma en la que actuamos la estructura en el campo y en como nuestra “estructura en acción” afecta a los miembros del entorno, sea de manera negativa o positiva.

## Intimidad y ética

La intimidad metodológica fue apoyada por tres paradigmas: el interpretativo, el feminista y el posmoderno. Abandonando las instancias de investigación objetiva, distante y emocionalmente desapegada por razones sutilmente diferentes, cada una de estas tradiciones abrió las puertas para que los investigadores se sientan habilitados a mantener encuentros de campo profundamente personales, cercanos y emotivos. De este llamado a la intimidad emergieron un conjunto de debates éticos que resaltaban los problemas asociados a la inmersión personal y emocional en el campo. Llamativamente, los primeros escritos éticos concentraron la atención académica en los comportamientos y opciones individuales en el proceso de investigación. El resultado fue un crecimiento en la bibliografía centrada en las micro-políticas de la ética de investigación, que concentra su atención en una serie de decisiones menores al costo de no entender, articular ni señalar las fuentes y procesos estructurales de daño y desigualdad.

Con el paradigma interpretativo contemporáneo, los investigadores son estimulados a acercarse, sumergirse y participar íntimamente en el mundo de la vida. Wacquant (2004: VIII) llamó a este tipo de trabajo “sociología carnal” en la cual los etnógrafos “se pliegan al fuego de la acción *in situ*” y experimentan el sabor, el dolor y la acción de su entorno. Los autores que contribuyeron en el *Simposio* que *Qualitative Sociology* realizó sobre su libro aplaudieron casi universalmente el llamado de Wacquant (2004) a que una inmersión moral y sensual en el campo provea la evidencia de un momento metodológico distintivo en la historia de la sociología. Arrojar a sí mismo al interior del campo, en cuerpo y alma, es ahora no solo una instancia de investigación válida, sino que da la pauta de la excelencia del investigador. Sin embargo, esta completa inmersión corporal y emocional no siempre fue celebrada. Los

etnógrafos de la primera y segunda Escuela de Chicago solían tratar de evitar el “sobre-reporte” y la distorsión tratando de lograr un equilibrio entre la participación empática y un compromiso total con los miembros del campo. El caso del involucramiento íntimo vino en los últimos sesentas y a principio de los setentas cuando los etnógrafos existencialistas argumentaron que la inmersión completa era necesaria para penetrar fronteras (Goffman, 1959), para bucear bajo la superficie de los relatos (Douglas y Johnson, 1977) y entender el mundo verdaderamente del mismo modo en que un actor lo experimenta. Pasado el tiempo, en lugar de ser criticados por su sobreinvolucramiento, los investigadores profundamente inmersos en sus entornos fueron aclamados por tener mejores datos e interpretaciones mucho más complejas y sofisticadas sobre sus sujetos.<sup>3</sup> Probablemente la afirmación más poderosa a favor de la inmersión completa en el campo es *Etnografía en el filo* (1998a, 1999b) de Ferrell y Hamm, donde se argumenta que compartir los “placeres y peligros” de un entorno puede proporcionar una imagen más acertada de las realidades vividas donde el crimen y las culturas desviadas tienen lugar.<sup>4</sup>

Pese a la celebración de la participación en los placeres y peligros que acontecen en el campo, unos pocos académicos argumentaron que los etnógrafos pueden ir demasiado lejos en su búsqueda de la familiaridad íntima. Por ejemplo, los relatos de Goode (1999, 2002) sobre sexo con informantes traspasaron diversas advertencias éticas. Los argumentos en contra de Goode incluían que los investigadores podían transformar a los sujetos en objetivos o presas sexuales (o emocionales) (Saguy, 2002), sin reconocer los desequilibrios de poder entre investigador y sujeto<sup>5</sup> (Bell 2002, Williams, 2002). Lo que es más, Bryant (1999) y Manning (2002) sostienen que los desafueros íntimos de Goode son gratuitos y espurios y no llegan a decir nada sobre las características y dimensiones de la población en estudio (Bryant, 1999, Manning 2002).<sup>6</sup>

Otro argumento a favor de la intimidad en el campo, predominantemente apoyado en la investigación feminista, es que la conexión emocional es menos explotadora de los participantes en la investigación que una instancia objetiva. En su ya clásico trabajo, Oakley (1981) sostuvo que permanecer desapegado y distante mientras que los sujetos de investigación abren sus almas disimula y perpetúa las desigualdades entre investigadores y sujetos. De acuerdo con esta perspectiva, una relación cercana al menos superficialmente en lo subjetivo, lo íntimo y lo personal con el campo, promete corregir las desigualdades enquistadas en la tradición

<sup>3</sup> El “Sidewalk” de Duneier (1999), por ejemplo, fue celebrado como “intensamente personal” (Manning 2001, p. 15) y Fine (2004, p. 506) escribe sobre el *Body and Soul* de Wacquant (2004) que “muy pocos ensayos nos sumergen de modo tan instantáneo en los mundos sociales (y económicos) de una forma tan atrapante y elocuente”.

<sup>4</sup> Por su compromiso íntimo, los autores compilados en la obra de Farrell y Hamm fueron aclamados como “almas intrépidas y valientes” (Adler y Adler 1998b).

<sup>5</sup> Bell (2002) argumenta que ya que los investigadores tienen más poder que los sujetos de estudio y que los hombres tienen más poder que las mujeres, tener sexo con informantes mujeres es poco ético.

<sup>6</sup> Farrell y Hamm (1998b) también resaltan la ética de los investigadores, a la que llaman “políticas vívidas”, de inmersión plena en los entornos. Ellos (Farrell and Hamm 1998b, pp. 7-8) señalan que a pesar de la “búsqueda de aventuras” personal y profesional algunos temas de investigación (especialmente los que tienen que ver con la desviación y el crimen) ponen a los investigadores en un riesgo inusual que tiene que ver con estigmatización, peligro físico, compromiso moral e inseguridad sobre sí mismos. Por más que esto es cierto, en este paper, quiero centrarme en el efecto de la inmersión experiencial –en mi caso, relaciones íntimas– sobre los participantes de la investigación.

científica masculina gracias a que enfatiza todo aquello que había sido suprimido y devaluado en las divisiones patriarcales entre objetividad/subjetividad, distancia/intimidad, y racionalidad/emotividad. Siguiendo estas críticas, se volvió un lugar común que las investigadoras feministas argumentaran a favor de una conexión emocional (Ribbens, 1989) y una dedicación más profunda hacia los miembros del campo (ver Acker, Barry, and Esseveld 1996; Cotterill 1992; Finch 1984; Gorelick 1991; Kirsch 1999; Patai 1991).

A pesar del llamado a que “no haya intimidad sin reciprocidad” (Oakley, 1981), muchas investigadoras feministas notan que la intimidad no es la panacea contra la explotación. Por ejemplo Stacey (1988, p. 23) aseguró que “el trabajo de campo representa una intrusión y una intervención dentro de un sistema de relaciones” que, aunque funciona a veces de modo satisfactorio, trabaja mucho más para beneficiar al investigador que al participante. Stacey (1988); Finch (1984); Acker, Barry, and Esseveld, (1983); Cotterill (1992); Gorelick (1991); Kirsch (1999); y Patai (1991) expresaron sentimientos de “inautenticidad” en sus relaciones investigativas y notaron que las amistades y las afinidades pueden ser manipuladas falsa y fácilmente para esconder la verdadera meta de la relación: obtener información rica en contenidos. Algunos también señalaron que la habilidad del investigador para abandonar el campo marca una desigualdad adicional en las relaciones de investigación. Con respecto a este tema, Stacey (1988, p. 26) señala que “los beneficiarios de este tipo de atención pueden también empezar a depender de ella, y esto sugiere otro resguardo ético en el trabajo de campo, la posibilidad de que, si verdaderamente lo desea, el investigador puede desertar del campo”.

Apoyando la intimidad en el campo desde un ángulo diferente, los posmodernos señalaron que las revelaciones fruto de la intimidad pueden cambiar y desafiar las tradiciones de investigación colonizantes. Observando la localización histórica de los etnógrafos y a sus textos como “construidos, artificiales... relatos culturales” (Clifford, 1986, p. 3), los investigadores posmodernos, posestructuralistas y poscoloniales visualizaron la voz distante y objetiva de la narración etnográfica tradicional como una ficción “basada en exclusiones sistemáticas y contestables” (Clifford, 1986, p.6). Desde que las emociones, los deseos y las relaciones íntimas de los investigadores en el campo están entre las cuantiosas exclusiones del canon etnográfico, el hecho de focalizarse en temas silenciados o tabúes reposiciona al etnógrafo

y a la etnografía en el mundo de la producción de conocimiento. Por ejemplo, Kulick (1995, p. 4) utiliza este argumento para apoyar una emergente metodología del deseo y señala que la escritura sobre los comportamientos íntimos del investigador en el campo altera “el discurso unidireccional sobre la sexualidad de la gente que estudiamos”.

La interpelación posmoderna a favor de los discursos alternativos ha propugnado una obsesión con la forma de la escritura. Si los textos de la etnografía tradicional silenciaron, colonizaron y distorsionaron las representaciones sobre la gente que estudiamos, entonces la clave estaría en conformar un estilo narrativo diferente. Por ejemplo, los impulsores de la etnografía nueva o “experimental” tales como novelas, cuentos, poesías, cartas, discursos, películas, obras de teatro o narraciones testimoniales sostienen que estas narrativas no tradicionales liberan a las ciencias sociales de su tradición homofóbica (Clough, 1994), traen al centro de la escena a las voces silenciadas o marginalizadas (Rose, 1990, 1991), disminuyen las barreras entre investigadores y sujetos (Finn, 1995, Gordon, 1995), alcanzan –y potencialmente movilizan– audiencias más amplias (Behar, 1995), o representan voces y perspectivas múltiples (Denzin 1997; Trinh 1989; Kondo 1990).<sup>7</sup> Ronai (1995, p. 423) sostuvo que la forma y el contenido narrativo no fueron una consideración menor cuando comparó la escritura tradicional, puntillosa y tradicional –la clase de escritura que los comentaristas le exigían que produjese– con la de “un patriarca abusivo que exige el silencio de sus hijos”.

Si se las piensa combinadamente, las tradiciones interpretativa, feminista y posmoderna han parecido señalar que los métodos intimistas, y especialmente nuestros relatos acerca de la intimidad en el campo pueden ser más adecuados, menos explotadores y menos “colonizadores” que los métodos distantes y objetivos. Esto implicaría que las consideraciones sobre la desigualdad, el poder y la ubicación social refuerzan la tradición intimista de investigación. En lo que se refiere a la ética, sin embargo, cada uno de estos tres paradigmas se ha empantanado excesivamente en microconsideraciones y ha fallado en vincular la experiencia cotidiana de investigación con prácticas, relaciones y desigualdades más amplias. Por ejemplo, de acuerdo con las guías éticas de estas tradiciones, si los investigadores quieren mitigar la explotación y el daño deberían evitar el sexo indiscriminado con los sujetos (especialmente con aquellos que son menos poderosos que los investigadores), reconocer que sus relaciones con los informantes

<sup>7</sup> Las investigadoras feministas también se han dedicado a trabajar la forma de su escritura e hicieron diversas aseveraciones en torno a que la escritura de la ciencia social no tradicional está mejor capacitada para representar perspectivas múltiples y muchas veces marginalizadas, como también para alcanzar y movilizar audiencias más amplias y ser liberadora en lo personal. (Anzaldúa and Keating 2002; Collins 1991; Moraga and Anzaldúa 2002).

podrían ser manipulatorias, revelar completamente la investigación y las intenciones emocionales a los informantes, y no escribir narrativas sexies, violentas, voyeurísticas o auto-obsesivas que hacen más para atraer la atención a través del morbo que por describir el sentido de los entornos de investigación. Los investigadores deberían también considerar cuidadosamente el proceso de escritura, y encontrar maneras de escribir en contra del canon etnográfico tradicional.

A fin de cuentas, los problemas y soluciones éticos al interior de cada uno de estos tres paradigmas se dirigen al nivel de: 1) cómo comportarse cuando los investigadores están en el campo y 2) cómo escribir sobre el campo. Aunque estos debates hacen hincapié en la dimensión estructural del poder (reconocen que hay diferencias de poder entre investigadores y sujetos y que los investigadores, los informantes y los discursos se ubican al interior de relaciones de poder), fallan en no poder analizar concienzudamente cómo el comportamiento y la escritura de los investigadores refuerza, promulga o resiste estas relaciones de poder y distinciones. Además, presentan una imagen estática de la ética como una fórmula para el comportamiento en la cual determinadas opciones (p. ej. tener sexo casual con informantes, convertir a las metas de investigación en una prioridad sobre las relaciones, y producir un discurso académico tradicional) son vistas como problemáticas siempre y en todo lugar. Por su falla en vislumbrar todos nuestros comportamientos en el proceso de investigación entrelazados en una estructura, estas advertencias éticas no pueden percibir la desigualdad y la explotación como fuerzas dinámicas que pueden suceder sin tener en cuenta si nosotros seguimos los códigos y fórmulas éticas. Más aun, nos previenen de mirar las formas en que la desigualdad, el daño y la explotación funcionan en la experiencia vivida de investigación, distrayéndonos con una sarta de consideraciones menores.

### **Sobre el filo metodológico**

El trabajo de campo ha sido considerado excesivamente riesgoso en muchos aspectos. Como agentes externos ávidos del conocimiento de aquellos que están adentro, como profesionales que dependen de relaciones personales para obtener sus insumos informativos, y como miembros al mismo tiempo de los entornos de investigación que de la academia, los investigadores de campo abordan sus retos entre y más allá de múltiples límites, y la empre-

sa, como muchos lo atestiguan, puede ser incómoda tanto desde el punto de vista emocional como del existencial. Los investigadores le otorgan diversos nombres a este tipo de incomodidad. Algunos discutieron las formas en que se experimenta un shock cultural, mientras que otros escribieron sobre la marginalidad, las dudas sobre uno mismo o tan solo simple inseguridad. Ferrell y Hamm (1998a) suman otra dimensión al concepto de investigación de campo, la de “trabajo al filo”, señalando que los entornos criminales o sobre desviaciones fuerzan a los investigadores a lidiar con las fronteras entre legalidad e ilegalidad, descrédito y legitimación, y moralidad y perversión. Las emociones resultantes, de acuerdo con Ferrell y Hamm (1998b, p. 2), son marañas de adrenalina donde se juegan el “...placer, la excitación y el miedo”.

Mis experiencias como investigadora en el mundo de los tatuadores profesionales sintió las resonancias de estas afirmaciones. Experimenté la marginalidad, pujas de lealtades en conflicto, angustia personal y profesional, momentos de un intenso placer y alegría, tanto como los devastadores efectos de la duda sobre uno mismo y el fracaso. Pero aunque estas eran las obsesiones cotidianas de mi investigación, no incluyen el tipo de fuerzas que influyeron en última instancia. El aspecto más saliente de mi instancia intimista de investigación fueron las divisiones y desigualdades institucionalizadas entre la subcultura desviada de mi marido y mi mundo de académicos profesionales, y las maneras en que nosotros intentamos de reencauzarlas y resistirlas. Por más que imaginé que amar y casarme con un miembro del campo crearía puentes entre estos mundos tan diferentes, al final me equivoqué y ambos terminamos devastados por nuestros intentos en ganar un lugar permanente en la vida y el entorno del otro. Es en este punto donde las recomendaciones para la investigación dejan de ser ambiguas. Volverse alguien demasiado cercano a los miembros del entorno puede ocasionar mayores daños que beneficios.

### **Cayendo dentro del campo**

Mi primer acercamiento al Blue Mosque fue en la primavera de 1996, durante mi cuarto semestre en la escuela de graduados. Me tomé un recreo del estudio para acompañar a mis amigos a hacerse sus primeros tatuajes. De inmediato me impresionó lo limpio y confortable que era el negocio, los diferentes tipos de clientes que existían para los tatuajes, y especialmente los cinco tatuadores del Blue Mosque: Lorna, Mark, John, Thomas y Lefty. Todos los



tatuadores eran blancos, con un *background* de clase media, de entre veinticinco y treinta años, y estaban interesados en romper las normas de la convencionalidad. Le evidencia más llamativa de su gusto por aquello fuera de los cánones era su apariencia. Cubiertos del cuello a los tobillos<sup>8</sup> con grandes tatuajes brillantes y portando múltiples *piercings* en distintas partes del cuerpo que incluían labios, narices, lengua y cejas de las que colgaban argollas, eran casi literalmente un colorido elenco de personajes. Esa imagen dramática que proyectaban –una imagen que los individuos convencionales podrían describir como alarmante y extraña– expresaba su compromiso vital de permanecer fuera del *mainstream* norteamericano. Mientras que para mis amigos la visita al mundo de los tatuadores era interesante, la experiencia me tocó más profundamente. Al final de las sesiones de tatuajes, estaba locamente enamorada de Lefty y de su negocio. En los meses siguientes, volví al Blue Mosque varias veces y me hice amiga de los tatuadores. Al final, Lefty y yo nos pusimos a salir.

<sup>8</sup> Ninguno de los artistas tenía tatuajes en la cara.

Mi acercamiento al tatuaje *hardcore* (el mundo de los artistas profesionales del tatuaje y los coleccionistas que cubrían sus cuerpos de tatuajes) empezó entonces como un objetivo personal, dado que lo presenciaba en cualquier lado. Aunque no estaba en mis planes estudiar este universo a lo largo de mis primeros meses con Lefty, yo era una graduada en sociología y no podía evitar “analizar” a esta comunidad. Lefty escuchaba mis reflexiones sobre su mundo y mis descripciones sobre la bibliografía de culturas desviadas, y me ofrecía sus propios análisis de la estructura y características organizacionales de la subcultura del tatuaje *hardcore*. Habiendo leído la obra de Sanders (1989), un sociólogo coleccionista de tatuajes, Lefty estaba familiarizado con los métodos propios del trabajo de campo y la escritura y el análisis que se produce por este tipo de intentos. Dado esto, no resultó sorprendente que durante una de nuestras conversaciones sobre la industria y el estilo de vida en el mundo del tatuaje Lefty sugiriera que alguien debería llevar a cabo un estudio sobre las transformaciones ocurridas desde el trabajo de Sanders. Estuve de acuerdo, pero no me hice cargo de eso hasta que me inscribí en un curso de métodos de campo para graduados y necesité encontrar un entorno para estudiar a lo largo del año.

Inicialmente el proyecto parecía excitante y mi rol de novia me ofrecía algunas ventajas. Haciéndome eco del llamado a empezar donde uno está y a ganar una familiaridad íntima (Lofland y Lofland, 1995), mi tutor me alentó a usar mi conexión íntima con

este mundo como una ventaja para acceder y estar inmersa en el entorno. No tardé en darme cuenta de que, a diferencia de otros etnógrafos, a mí me gustaba el entorno de investigación y me gustaba, incluso amaba a la gente que formaba parte del mismo, lo que parecía ser una bendición, dado el descrédito que había para con los etnógrafos que aborrecían a sus poblaciones de estudio. En nuestras primeras conversaciones sobre la investigación, Lefty me ofrecía algunas interpretaciones provocativas que me estimulaban a tomar el proyecto. Decía que muchos periodistas e investigadores estaban investigando el mundo del tatuaje y su popularidad creciente, y, en su opinión, estaban ofreciendo panoramas inadecuados (por excepciones, ver DeMello, 1993, Vail, 1990, 1999b). En este punto, los dos nos imaginábamos que la investigación iba a ser beneficiosa. Asumí que podía utilizar la investigación para demostrar que los tatuados más *beavies* no eran un otro peligroso y exótico, y Lefty pensaba que su profesión podría ganar más credibilidad y legitimidad.

Una vez que había tomado en serio la sugerencia de Lefty, empecé a sentirme incómoda con el proyecto, y las lecturas que hice para mi curso de metodología ese semestre no hicieron otra cosa que incrementar mi nivel de ansiedad. Algo que enseguida salió a la luz fue el cómo mantener mi acceso a la información. Habiéndome encontrado con diversas ex novias de tatuadores, empecé a darme cuenta de que mi investigación pendía de una pareja potencialmente inestable. Eso me perturbó. Lo que me preocupaba más que las historias de proyectos fallidos de trabajo de campo era dañar a los sujetos de estudio, quienes yo creía pertenecientes a un grupo vulnerable. Comprobé esta vulnerabilidad después de presenciar ocasiones en las que Lefty o nuestros amigos eran despreciados, se les negaba servicio en los restaurantes, eran perseguidos por guardias de seguridad que los consideraban sospechosos en los negocios, insultados verbalmente, o provocados por individuos que veían a la gente que se cubría el cuerpo con tatuajes como seres extremadamente amenazantes y peligrosos. El hecho de que yo pudiera desplazarme libremente sin despertar comentarios en entornos convencionales me daba la pauta de que yo tenía más poder en nuestra cofradía de tatuados. Además, el hecho de estar incriminada en una relación sexual y romántica con un miembro del campo —un tema que al mismo tiempo iba ganado atención— significaba que tenía que manejarme con mucho cuidado.

Con la esperanza de evitar convertirme en victimaria o aprovecharme de mis sujetos de investigación, continuamente le comunicaba a Lefty y a nuestros amigos más cercanos sobre mis progresos en la investigación. Esto significa más que contarles algo para cubrirme, y me llevaba a explicar qué temas estaba explorando en mis notas de campo y mis notas analíticas, discutir en qué camino estaba pensando presentar en los diferentes artículos, y compartir mis ideas teóricas con el grupo. Pese a esto, mareas de culpa y angustia me cubrían cada noche en que volvía a casa y escribía mis notas de campo. Me sentía permanentemente como una espía y me preocupaba estar ganando mucho más de este grupo de lo que ellos iban a recibir de mi investigación. Lo único que podía ofrecerles era mi amistad, mi admiración y la promesa de que el producto de mi trabajo podría ayudarlos a conseguir alguna legitimidad y comprensión para el mundo del tatuaje *hardcore*.<sup>9</sup>

Aunque sentía que necesitaba reconocer las diferencias de poder entre los tatuados y yo misma para asegurarme de que no estaba tomando ventaja de los miembros del entorno, descubrí que este poder era un poco más fluido y difícil de captar en mis interacciones cotidianas en el campo. A diferencia de los tatuados más *beavies*, yo nunca provoqué una sospecha inmediata o una sorpresa invasiva en los extraños. En contraste, por más que no hubieran sido invitados, los extraños trataban frecuentemente de tocar los tatuajes o levantarles la ropa para ver bien un tatuaje más extenso. Esto no significa que yo era más poderosa que Lefty y sus amigos siempre y en todo lugar. Al no tener muchos tatuajes (me hice dos relativamente pequeños durante la investigación), yo era vista como portadora de un compromiso menor hacia la subcultura. Estaba claro que mi credibilidad provenía de que me asociaban con Lefty. Muchos etnógrafos encuentran a este tipo de dependencia como algo contraproducente. Para mí tenía un doble filo, porque mi bajo estatus como novata en el tatuaje se asociaba con desigualdades de género mucho más amplias al interior y alrededor de la comunidad (ver Warren, 1988).

Por más que hubiera una mayor cantidad de mujeres tatuadoras durante la época de mi estudio que en cualquier era anterior, la de tatuador es una profesión dominada por los hombres. La circulación del conocimiento sobre máquinas, construcción de agujas y aplicación de los tatuajes se aprende más fácilmente si uno se integra a las redes masculinas que si se es mujer (Mifflin, 1997). Algunas veces presencié tatuadores y coleccionistas *hardcore* de

<sup>9</sup> Esto me hizo aun más consciente de mi escritura. Desesperadamente quería evitar ofrecer otro producto voyeurista de los que Laizos (1972) llamó la matriz poco seria de investigación sobre desviaciones.

tatuajes discutiendo sobre las “bellezas tatuadas”, mujeres que tenían tatuajes pesados pero al mismo tiempo coincidían con los parámetros de belleza blancos y de clase media (flacas, piel clara, facciones pequeñas). Las revistas de tatuajes, que usualmente ponen en sus tapas mujeres en poses sexualmente provocativas, reforzaban la idea de que las mujeres eran moneda de cambio y objetos sexuales en la comunidad. Por empezar mi investigación como “la novia de Lefty”, antes que entrar al campo como una investigadora anónima, nunca estaría fuera de las jerarquías de género en la comunidad. Sería juzgada como cualquier otra novia en el entorno. Este era el incómodo lastre que tendría que llevar por mi tipo de investigación intimista.

Desde el comienzo de esta investigación experimenté ansiedad provenientes de múltiples frentes. Me preocupaba aprovecharme de mi novio y mis nuevos amigos y representarlos de manera inadecuada, y sentía que les ofrecía demasiado poco a cambio de sus confidencias íntimas. A medida que pasaba el tiempo, empezaron a preocuparme las desigualdades de género al interior de la comunidad. Antes que observar estas dinámicas como una *outsider*, sentía que estos obstáculos me limitaban en mi trabajo diario. Por más que en un principio creyese que los investigadores están ubicados en una situación de poder con respecto a sus sujetos, estar inmersa y vivir las realidades del entorno a menudo me hacía sentir sin poder e indefensa. Me preocupaban muchas cuestiones éticas que me ayudarían a proteger a todos de los posibles daños del trabajo de campo. Irónicamente, mientras que estas estrategias éticas habían sido diseñadas para superar la desigualdad, la jerarquía y la explotación, en última instancia me hundieron en un sendero infructífero.

### **Cayendo fuera del campo**

Siendo consciente de que cualquier infracción personal, por pequeña que fuese, podía introducir mayores brechas en la confianza con los miembros del campo, los etnógrafos disponen de muchas técnicas para mantener sus relaciones en positivo, que incluyen brindar servicios para los demás (Adler y Adler 1993), manipular su apariencia y conducta (Van Maanen 1991), y forjar lazos más cercanos con miembros clave del entorno (Liebow 1967). Sin embargo las relaciones se enfrían, la confianza se quiebra, y a veces los investigadores se exilian del campo. La naturaleza de las relaciones al interior del campo, en especial el a veces intimidante

llamado a no ser explotador (ver Reinharz 1993), asociado con la volatilidad general de los romances, convirtió el rol de novia en un papel precario y acarreó muchísimas presiones tanto para Lefty como para mí. Estas y otras presiones eventualmente terminaron con nuestra relación y mi rol de novia en poco tiempo.

Mi rol de novia no sólo me hacía preocuparme por no ser una investigadora que “explotaba” a los miembros del campo en que intervenía, sino que además mi investigación cargaba a Lefty con un cúmulo de obligaciones dentro de nuestra relación y de mi trabajo. Cuando apenas nos conocimos y empezamos a salir, Lefty llevaba un año separado de su esposa. Al mismo tiempo, Lefty se encargaba de explicarme que él y su esposa estaban en camino de acordar un divorcio amigable y habían elaborado su duelo. Pero más allá de estas promesas iniciales, en nuestro primer año de relación Lefty se mostraba muchas veces sobrepasado por sus sentimientos de fracaso emocional. La perspectiva de repetir el error conmigo y de arriesgarse a fallar en otra relación fue difícil de sobrellevar. Y para que nuestra relación fuese todavía más estresante, él sentía que no podíamos romper porque me había prometido ayudarme en mi investigación. A mediados de noviembre de 1996, con Lefty ya eramos una pareja particularmente tensa. Yo pasaba la mayor parte de mi tiempo tratando de confeccionar un proyecto de investigación ideal donde no lastimara ni distorsionase a mis sujetos de estudio y él se pasaba todo el tiempo lamentándose por la falla de su matrimonio y tratando desesperadamente de no decepcionarme. Después de varias conversaciones lacrimógenas, nos separamos. Mis peores miedos se habían hecho realidad. Había perdido mi relación y mis amigos, y mi investigación había fallado.

Sorpresivamente, ese quiebre fue un alivio. Una vez exiliada de mi investigación, dejé de preocuparme sobre explotar a los otros, espiar a los amigos, combatir las injusticias, abrir avenidas de emancipación, o ser relegada al incómodo rol de la novia tradicional del tatuador. Me dí cuenta de que por mantener mis sentimientos y conductas bajo un escrutinio meticuloso y mantenerme pendiente de los requisitos de una buena investigación, había empezado a obsesionarme con la investigación (especialmente con los daños que podían provenir de ella) y a convertirla en mi prioridad principal. Había dejado de vivir mi vida. Como ex novia y ex investigadora, era libre de la carga de investigar y de todas sus obligaciones y responsabilidades.

Para mi sorpresa, ponerme en el estatus de ex novia no me segregó de los otros tatuadores. Lorna me incluyó en los eventos sociales del negocio. Durante este tiempo, ignoré la investigación y me concentré exclusivamente en mis amistades, y, como contrapartida, recibí un apoyo considerable y la cortesía del grupo. Unos pocos meses después de mi ruptura con Lefty, establecí una rutina de ir ocasionalmente a cenar, a ver películas o shows de música con Lorna, Lefty y los otros tatuadores.

Tan pronto como terminé mi investigación y todos sus dilemas, fortalecí mi amistad con los tatuadores y recompuse mi relación con Lefty, empecé a ser testigo de interacciones tensas entre los tatuadores. Cada vez más frustrados con el barrio que rodeaba al Blue Mosque y hambrientos de nuevos desafíos, Lorna, Thomas y John empezaron a hablar de dejar el Blue Mosque y abrir su propio negocio en otra parte del país. Preocupado por la perspectiva de tener que cerrar el negocio, Lefty empezó a mostrarse considerablemente ansioso por la perspectiva de perder a sus artistas. A medida que se fue acercando la fecha de su partida, los conflictos al interior del grupo empezaron a aumentar y muchas veces me encontré tironeada entre lo que habían empezado a ser dos facciones en el negocio: los que se querían ir del Blue Mosque y los que se querían quedar.

Si bien estas pujas de lealtad me frustraban, me regocijaba descubrir que el origen de estos antagonismos interpersonales no tenía nada que ver conmigo ni con mi investigación. No sentía presiones para analizar los escenarios, apelar a teorías, o entender sociológicamente los eventos que se iban desplegando. Lo que es más, no me sentía obligada de corregir ningún tipo de daño. Era cómoda la posición de amiga comprensiva y dejar que los hechos evolucionaran naturalmente. Podía sentirme “auténtica”. Más tarde, cuando escribí sobre esta fase en la investigación, me preguntaba si era el tipo de “autenticidad” discutida por las investigadoras feministas (Acker, Barry, and Esseveld 1996; Cotterill 1992; Finch 1984; Gorelick 1991; Kirsch 1999; Patai 1991; Stacey 1988) que describían la amalgama de sentimientos que se erigía entre su compromiso con los participantes de la investigación y sus objetivos como investigadoras.

En este nivel, empecé a cuestionarme la naturaleza del daño y la desigualdad y rediseñé, aunque tenuemente, mi relación con y mi responsabilidad por la explotación. El cisma en el negocio también me hizo abandonar mi obsesión con la ética situacional. Me

di cuenta de que por intentar aplicar meticulosamente los diversos códigos éticos que existían en la bibliografía, y de tratar de controlar, corregir y luchar contra cada injusticia, había confeccionado un proyecto y unas relaciones que eran en verdad irreales. Por haber creído que los investigadores tienen con frecuencia mayor poder que los participantes de la investigación, sentí que tenía más responsabilidad para paliar las injusticias. En esencia, el resguardo ético que yo había tomado de la bibliografía no tenía nada que ver con mis esfuerzos y se había convertido en un peso muerto a mis espaldas junto con una interminable lista de comportamientos correctos o incorrectos. Al convertirme en amiga antes que en investigadora, dejé de concentrarme en los códigos y responsabilidades éticas que vienen aparejadas con la investigación. Abandonar la investigación me abrió las puertas para una sintonía más profunda e intensa con el grupo.

### **Maquillándose / reconstruyendo / inventando\***

Habiendo sopesado las altas y las bajas de las relaciones al interior del campo, muchos investigadores dijeron sentirse realmente cercanos a sus sujetos de estudio a lo largo de las últimas etapas de su trabajo de campo. Algunos investigadores incluso fueron adoptados por familiares pertenecientes al campo, y unos pocos, como yo, se casaron con los miembros de su entorno (Gearing 1995; Lois 2003). Forzar lazos profundos e incluso a veces permanentes con el campo introduce un conjunto complejo de consideraciones para el trabajo de campo, que incluyen negociar roles conyugales al interior del campo (Adler and Adler 1991, 1993, 1998a, 2004; Corbin and Corbin 1984; Oboler 1986; Scheper-Hughes 1992; Schrijvers 1993; Vera-Sanso 1993; Wolf 1992), manejar las presiones para convertirse en un “nativo”, y negociar el fin de la investigación (Gallmeier 1991, Snow 1980).

Cuando Lorna, Thomas y John dejaron Haven, continué mi amistad con Lefty y con Mark (que se quedaron en el negocio). En lugar de cerrar el Blue Mosque, Lefty reclutó dos tatuadores nuevos, Francis y Rubin, cuyos arribos marcaron el comienzo de nuevas amistades y una nueva era para el negocio. De hecho, hubo muchos comienzos por esa época. Sin las presiones de mi investigación y habiéndose recuperado de su divorcio, Lefty se sintió libre como para que intentásemos recuperar nuestra relación. Aunque en un principio yo era reticente, le dí otra oportunidad a

\* La autora juega con la polisemia de la expresión “Making Up”. [N. del T.]

nuestro romance. De hecho, Lefty y yo nos mantuvimos juntos a lo largo de mis años de doctorado.

Después de dos años de salir, Lefty y yo nos casamos. La ceremonia fue especial, una boda íntima a la que vinieron nuestros padres, hermanos y los tatuadores y clientes habituales del Blue Mosque. Para fortalecer aun más mi conexión con el mundo del tatuaje, Mark se mudó con nosotros. Para esta época todo en nuestras vidas estaba rozado por el frenesí de tatuar. Los tres viajábamos con frecuencia a congresos de tatuaje en todo el país y en Europa y, cuando no estábamos de viaje, diversos tatuadores de todo el país se quedaban con nosotros mientras trabajaban como “residentes” en el Blue Mosque. Nuestro departamento, ubicado a unas pocas cuadras del negocio, se convirtió en el lugar de encuentro donde los tatuadores tenían su *after-hour*.

Cuando nos reconciamos con Lefty yo había completado mi tercer año de doctorado y de acuerdo con mi tutora que mantenía su mirada atenta a mi progreso en el Departamento, yo estaba lejos de los objetivos de mi tesis final. Para ayudarme a que me pusiera a tono, ella me alentó a que nos reuniéramos en su horario de oficina a discutir los progresos de mi investigación. Eso me trajo conflictos. No quería convertir mi vida privada otra vez en un tema de investigación, ni quería tener que introducirme en cualquier otro entorno para investigar. Básicamente la investigación ya me importaba muy poco y me había concentrado en convertirme en un miembro (ver Adler y Adler 1987) del Blue Mosque. No hice más entrevistas y no me interesaba examinar ni negociar mi “rol de investigadora”, y vi los encuentros con mi tutora como una oportunidad de charlas de aspectos de mi vida que consideraba interesantes. A ella, esto la satisfizo por poco tiempo.

Cuando empecé el cuarto año del doctorado, mi tutora se encargó de avisarme que necesitaba hacer progresos en mi tesis a riesgo de fallar en lo referente a los objetivos del programa. Discutí mis preocupaciones con Lefty, Mark y nuestros amigos más cercanos. Les expliqué mis dilemas y preocupaciones sobre la explotación, la distorsión, y las pesadas cargas de la investigación. Mi esposo y amigos, sin embargo, sentían que yo estaba siendo demasiado sensible y cautelosa. También se ofrecieron a ayudarme todo lo que pudiesen si yo retomaba el trabajo. Como en mi primer intento formal de abordar el problema, desenfundé las perspectivas de investigación feministas (Acker, Barry, and Esseveld 1996; DeVault 1990; Mies 1993; Smith 1974, 1987; Stanley and



Wise 1983) y enfoqué a Lefty y nuestros amigos como colaboradores de investigación. Hablé abiertamente del avance de mis escritos, probé mis pensamientos e ideas con Lefty y con nuestros amigos, e invité a quien quisiera a leer mis escritos. De hecho, muchas veces dejé mis manuscritos sueltos por el departamento para que cualquiera los leyese. Había también muchos momentos en los que me embotaba con la escritura y me aventuraba al living con mi computadora portátil, para pedirle a Lefty, a Mark y a otros tatuadores o coleccionistas que estuvieran de visita, que me ayudasen. Tomé con entusiasmo lo que me ofrecían, cambié lo que venía escribiendo, y volví a leerles el producto final. Usando estos métodos, completé mi disertación y publiqué dos papers sobre el tema de los tatuajes.

La investigación formal progresó de manera mucho más aceptada después de mi matrimonio. Después de casarme dejé de sentirme una espía, de preocuparme por distorsionar los dichos o de malinterpretar al mundo de los tatuadores, o de dañar a los miembros de mi estudio. Me gustaría decir que este desarrollo más cómodo se debió a todas las precauciones que tomé para evitar el daño, incluyendo mi colaboración con los sujetos de estudio, abrir mis trabajos a sus críticas, y reconocer las diferencias de poder. Pero los cambios, sin embargo, se debieron a mi matrimonio, que alteró las maneras en que empecé a relacionarme con muchas expectativas tradicionales al interior y afuera de esta comunidad.<sup>10</sup> Ciertamente, el matrimonio me señaló a mí misma y a los miembros del entorno que yo estaba comprometida con el mundo del tatuaje de maneras que iban más allá de mi investigación. Ya no me preocupé por ser una *outsider* que informaba sobre lo exótico y extraño de las vidas de los tatuadores y coleccionistas *hardcore*. Además, Lefty y yo nos adaptamos a unas expectativas de género tradicionalmente reforzadas por el matrimonio. Lefty jugaba el papel del marido que iba haciendo carrera, y yo era la esposa diligente que seguía a su esposo y le toleraba sus asociaciones comerciales y sus amigos, feliz y exultante por apoyar su carrera. Todo esto hizo de su mundo el centro de mi escritura al tiempo que reforzaba las relaciones de género. Sumado a esto, mi estatus de estudiante de posgrado me autorizaba a la flexibilidad necesaria para cumplir estos roles y me protegía de las exigencias académicas completas. De forma similar, la investigación también reforzaba las relaciones tradicionales en la etnografía, donde Lefty era el sujeto de estudio ideal. Él me acercó a actores clave en la comunidad, me ayudó a coordinar entrevistas, y se abrió completa-

<sup>10</sup> El matrimonio resolvió mis problemas iniciales con el rol de novia. Desde que el matrimonio era una institución respetada en la subcultura de los tatuajes, las esposas no eran evaluadas con el mismo criterio que las novias. Los miembros del entorno rara vez discutían sobre la apariencia física o el atractivo sexual de las esposas, lo que me significó un verdadero alivio.

mente a sí mismo y a su mundo a la mirada del investigador. Era mi sujeto a la mañana, al mediodía y a la noche, y como estábamos enamorados no le importaba. En este sentido, mis objetivos de investigación se completaban muy bien. El hecho de que a mí me pusiera incómoda de a momentos carecía de importancia. Mi matrimonio me autorizaba a una inmersión y un acceso sin precedentes a un universo que el resto de los individuos no podría jamás penetrar.

## Finales

La habilidad para dejar el campo y volver a la cotidianidad académica es vista como una significativa distinción de poder entre los investigadores y los sujetos de investigación (ver Gottfried 1996, p. 15; Kirsch 1999; Stacey 1988). De acuerdo a esta perspectiva, los miembros del entorno de investigación devienen dependientes de los investigadores y resultan dañados cuando se los abandona, y los investigadores, por su lado, ven que son capaces de escapar de las exigencias y los problemas que todos los días plagan los territorios de investigación. Mi experiencia de investigación sugiere que el fin de la investigación en verdad marca diferencias estructurales significativas entre los investigadores y los miembros del entorno. Pero el verdadero riesgo no llega a través del abandono, sino al revés, cuando los investigadores y los sujetos de la investigación intentan mantener relaciones cercanas después de la finalización del trabajo de campo. Es en ese momento en el cual luchan y resisten las fuerzas divisorias más perniciosas. Es también cuando, tal como sucedió en mi caso, pueden ser devastados por sus esfuerzos.

La naturaleza de mi investigación y mi estatus como estudiante de posgrado me permitieron e incluso me requirieron que dejara la academia y diera el salto hacia otro mundo por un tiempo. Desde hace bastante que los investigadores tienen permiso para “bajar a investigar” sin la posibilidad de un daño permanente para sus identidades y reputaciones. En ese sentido, mientras me iba comprometiendo con mi investigación, mi casamiento con Lefty me habilitó a demostrar mi entrega a la comunidad de tatuadores y a sentirme mejor en lo se refería a mi trabajo. El casamiento también forzó a Lefty a entrar en mi mundo de formas que resultaron problemáticas. El dolor, la angustia y la soledad que experimentó al intentar ingresar a mi mundo es equiparable al shock cultural sufrido por cualquier etnógrafo. Fue reprimido,

subvalorado y marginado en varias de mis interacciones con la academia. Mis amigos más cercanos en el doctorado, incluyendo a mi tutora y a su familia, llegaron a enamorarse, al igual que yo, de Lefty y sus amigos, pero otros colegas profesionales mantuvieron una helada distancia.

Un buen día me di cuenta de lo extraño que se sentía Lefty en mi universidad. Tras haber avanzado por el hall para reunirse conmigo en mi oficina, Lefty llegó algo molesto y enojado y se dio cuenta de que al pasar por al lado de un grupo de mis colegas ellos suspendieron sus conversaciones de inmediato y se quedaron expectantes mientras él se les acercaba. La conversación no siguió hasta que pudieron perderlo de vista. Cuando Lefty me dijo lo incómodo que lo habían hecho sentir, intenté argumentar que estaba siendo demasiado sensible y que mis colegas no querían molestarlo. Cuando dijo que había “sentido su odio”, dejé de discutir. El hecho de haber caminado y viajado muchas veces con Lefty y otros tatuados me había dado la experiencia de presenciar varios incidentes de silencio hostil directamente en contra nuestra. Por más que fuese difícil de probar que esa hostilidad existía, yo la sentía y sabía que era así. El desdén se hacía palpable tras las pausas y los murmullos. Además, después de llevar a Lefty a una conferencia de la American Sociological Association en Chicago, un profesor me dijo que no debería ser vista con Lefty en los círculos profesionales. Asumí que el sentido de este comentario era que ser vista con alguien que llevaba muchos tatuajes haría que la asociación me viese como poco profesional.

Estos primeros encuentros hicieron que Lefty se pusiera muy reticente a pasar su tiempo cerca de la universidad o de la academia. Esto era fácil de manejar cuando yo estaba haciendo el doctorado. En esa época, mi lugar de trabajo me servía de excusa para refugiarme en el mundo de mi marido. Pero una vez que terminó la investigación, Lefty y yo empezamos a tomar las instituciones académicas con otras expectativas. La última complicación vino cuando completé mi disertación y empecé a intentar conseguir un trabajo. Apliqué para posiciones cerca de nuestra casa por algunos años y no tuve suerte. Al final tuve que ampliar mi búsqueda de trabajo y recibí una oferta de la Universidad de Hawai, ubicada a miles de kilómetros del Blue Mosque. Ahora tenía dos opciones complicadas: abandonar mis aspiraciones de ser profesora o mudarme y arriesgarme a perder mi matrimonio y a mis amigos.

Después de muchas discusiones, compromisos y negociaciones, con Lefty intentamos una solución equitativa que a nuestro parecer “desandaba” las desigualdades de género tradicionales entre marido y mujer. Nos mudaríamos a Hawai y volveríamos al Blue Mosque durante todas las vacaciones académicas. De esta forma el Blue Mosque permanecería abierto, Lefty podría tatuar en parte del año, y yo podría ejercer como profesora. Desgraciadamente, desde el principio, la mudanza resultó ser muy costosa para Lefty, ya que lo desarraigó de sus redes de apoyo financieras y sociales. De disfrutar ser el centro de un colorido círculo social en el Blue Mosque, pasó a estar desempleado y sin amigos en Hawai. Dada la proporción de 15 profesores hombres por cada 4 profesoras mujeres en mi Departamento, los esposos de las profesoras eran pocos y estaban aislados entre sí.

Aunque yo tampoco había hecho amigos, este aislamiento social no me importaba demasiado porque como nueva profesora asistente tenía trabajo más que suficiente como para mantenerme ocupada. De hecho, mis nuevos horarios rara vez me daban tiempo para hacerme cargo de mis tareas domésticas. Lefty, a quien le sobraba el tiempo, fue adoptando el otro rol –amo de casa– y por más que en un principio decía que estaba encantado de desafiar los roles tradicionales de género al ser el hombre que apoyaba a la mujer que hacía su carrera, terminó desgastado por este rol tan aislante y dependiente. Empezó a estar cada vez inestable y deprimido y con frecuencia comentaba que “no era más el hombre con quien yo me había casado” y que se “estaba perdiendo a sí mismo”. Un día, mientras que limpiaba nuestra habitación, encontré este poema que Lefty había escrito en el avión a Hawai:

tres mil millas  
me invento historias  
cada vez más alto  
se va acumulando

y tres mil millas más  
para caer a lo más bajo  
y llegar a la conclusión  
de que todo es lo mismo

y tres mil millas  
una distancia tan corta  
para estar con quien amo  
y sentirme un chico

otra vez y otra vez  
de nuevo<sup>11</sup>

<sup>11</sup> Lefty me otorgó un permiso escrito para publicar este poema como parte de este artículo, al que leyó varias veces.

Tras dos años de mi trabajo como profesora asistente, Lefty anunció que no podía vivir en Hawai. Nuestro coqueteo con unir las fronteras entre nuestros mundos había llegado a su fin y nos vimos forzados a elegir entre nuestras carreras y nuestra relación. Como muchas mujeres académicas (ver Landau, 1994) estaba frente al dilema entre la carrera y la familia.<sup>12</sup> La instancia intimista de mi investigación complejizaba este dilema tradicional, ubicándome en el medio y en última instancia en una posición incapaz de luchar contra las múltiples desigualdades. Si dejaba la academia, estaría perpetuando la injusta ecuación de las relaciones entre hombre y mujer, abandonando a muchas estudiantes que tenían pocas mentoras femeninas para elegir, y dándoles un pobrísimo ejemplo, demostrándoles que hay que abandonar la carrera para tener una familia. Si me quedaba en Hawai, por otra parte, le daría la espalda no solo a mi marido sino también a muchas personas cuyas vidas, intimidad y experiencias me habían ayudado a avanzar en la academia.

<sup>12</sup> De hecho, como descubrió Dugger (2001, p. 132), el porcentaje de mujeres con titularidad decreció del 24 al 20 por ciento entre 1977 y 1995.

La más importante de todas mis preocupaciones, sentimientos y experiencias era el efecto de nuestra elección sobre Lefty. Como había tenido una experiencia sin mediaciones sobre el significado de tomar el rol de amo de casa, él no quería que yo abandonase mi carrera y me enfrentara con la misma dependencia infantil. Por haber pasado toda su vida adulta cubierto de tatuajes desde el cuello a los tobillos, no era inusual que Lefty fuera ninguneado, cuestionado y forzado a probar que era un profesional inteligente, talentoso y responsable ante muchos individuos que veían a los tatuados como degenerados y parias sociales. Fue por eso que Lefty entendió cuán importante era avanzar profesionalmente para mí en un mundo que suele cuestionar y devaluar a las mujeres. El resultado de esto fue que él no quería caer en las expectativas de género dominantes al solicitarme que abandonase mi carrera por tener una familia. De hecho, se negó a hacerme tomar una decisión. En muchos sentidos, siento que Lefty hizo un último sacrificio por mí. Eligió perder el matrimonio antes que pedirme que dejase mi trabajo. Empezamos el divorcio durante el segundo año de mi carrera como profesora asistente.<sup>13</sup>

<sup>13</sup> El divorcio fue un golpe significativo para nosotros dos. Yo no podía escribir y casi no lograba enseñar y Lefty tuvo dificultades para tatuar durante un año. Esto subraya las líneas que nos separaban. Los tatuadores son trabajadores autónomos, por lo tanto estar inhabilitado para trabajar implicaba en el caso de Lefty ganar realmente poco ese año y tener dificultades con su seguro médico, el alquiler de su negocio y otros gastos fuera de programa asociados con su ocupación. Mi salario en la universidad me permitía recuperarme de mi divorcio con una estabilidad significativamente mayor y apoyo financiero.

A pesar del hecho de que me alejé de mi matrimonio y del campo donde trabajé para mi tesis con mucho más de lo que sentía que podría devolverle nunca a la comunidad, Lefty está lejos de estar

resentido con mi estudio, este paper o el fin de nuestra historia. Lo que es más, él siguió apoyando incondicionalmente nuestra amistad, y, desde miles de millas de distancia, yo sigo apoyándolo y queriéndolo tanto a él como a nuestros amigos. Cuando discutíamos el final de nuestra relación, coincidimos en que la fuente de nuestros problemas provenía de los difícilísimos obstáculos que nos rodeaban antes que de nosotros mismos.

## Discusión

En el proceso de investigar el mundo social de mi marido, ya había anticipado que aparecería problemas éticos, y de una manera algo inocente creí que podría mitigarlos si seguía los consejos de la bibliografía. Las diversas advertencias moldearon muchas de mis emociones iniciales, como también de mis comportamientos y de las opciones que tomé en el campo. Me preocupaba de ser una amiga auténtica, haciendo patente mi dedicación a mis amistades por encima de la investigación, exponiendo mis planes y progresos, y escribiendo mis hallazgos del modo menos condescendiente y más inclusivo que pudiera. Al fin de mi matrimonio y de mi investigación, me dí cuenta de que me había obsesionado con un sinnúmero de microconsideraciones y había perdido el foco sobre los vínculos entre las informaciones que iba recolectando, las relaciones, las opciones de investigación, la escritura y las desigualdades institucionalizadas. Había perdido esta visión en primer lugar porque la bibliografía se había mostrado inútil para discutir estas distinciones de forma significativa. Esto sugiere que nuestras guías éticas y nuestras discusiones en torno a la intimidad, a la inmersión y a la subjetividad en el campo necesitan ciertos reenfoques.

Lo que tendría que haber concentrado mi atención y no lo hizo en los primeros momentos de la investigación fue la forma en que mi recolección de información, mi escritura y mis relaciones colisionaban, se intersectaban con o resistían las prácticas y relaciones de explotación que me rodeaban tanto a mí como a mi comunidad de estudio. Yo reconocía las barreras estructurales entre mí misma y mi población de estudio, pero no era suficiente. En esencia, tendría que habernos visto a mí y a los otros como estructuras actuantes al interior del campo. Además, si el código ético de los investigadores está hecho para evitar que los sujetos de estudio resulten dañados, debería haber articulado muy clara-

mente cómo la “estructura actuante” afectaba la vida cotidiana de los informantes durante la investigación.<sup>14</sup>

Por ejemplo, al convertir al mundo y a la profesión de Lefty en el centro de mi trabajo, estaba reforzando las relaciones de género tradicionales entre marido y esposa. Lefty y nuestros amigos eran hermosamente dóciles a las relaciones tradicionales entre investigadores y sujetos por el hecho de brindarme un acceso ilimitado a su mundo, pensamientos, sentimientos y perspectivas, en fin, a sus vidas. En este punto, la intimidad, el compromiso y la subjetividad no eran liberadores. Aceitaban los engranajes de las relaciones tradicionales tanto de género como al interior de una investigación. No es que hubiera sido manipuladora o inauténtica en mis relaciones, era que la intimidad funcionaba como el vehículo a través del cual todos reforzábamos relaciones estructurales más amplias.

Cuando la investigación terminó y mi estatus profesional había cambiado, sin embargo, fue cuando resistimos a las desigualdades antes que reforzarlas. A través de nuestra relación, con Lefty intentamos crear un espacio permanente entre el mundo académico convencional y la subcultura de los tatuadores. Numerosas barreras nos los prohibían. Históricamente, a los académicos se les autoriza a dar chapuzones en otras culturas (ver Stoller 2005), pero no se les permite una membresía permanente sin consecuencias que a fin de cuentas amenazan sus carreras. No solo se les impide vivir en el otro mundo de forma permanente, sino que también se les prohíbe traer con ellos al otro desde el campo<sup>15</sup> (ver Blackwood 1995; Gearing 1995). Los comentarios y los murmullos de mis colegas se encargaban de recordarnos regularmente que Lefty no pertenecía a mi mundo. Si a este tratamiento se le suma la experiencia de aislamiento al ser retirado del apoyo que él poseía al interior de su subcultura, podrá verse que el efecto era terrible para Lefty. A esto se le suma que los sistemas de relaciones de género enquistados en la academia, como en muchas otras profesiones, hacen al rol de marido una instancia incómoda para cualquier hombre —muy tatuado o no. Estas prácticas, relaciones y expectativas históricamente conformadas cerraban las puertas entre nuestros mundos en formas que iban más allá de lo que yo hacía en el campo. Por más que yo lo amara u odiara, que tuviera sexo en el campo o me mantuviera célibe, que dedicase mi vida a la comunidad de tatuadores o la usase sólo como información para construir mi carrera, Lefty o cualquier otro *outsider* tendrían siempre dificultades en adentrarse en los dominios de lo legitimado. Incluso cuando

<sup>14</sup> Este tipo de enfoque hubiera alterado mi proyecto significativamente. Cuando discutíamos con Lefty las ventajas y desventajas de la investigación, deberíamos habernos concentrado en las barreras estructurales entre nosotros y podríamos haber discutido con mayor claridad el modo en que esto jugaría de maneras diferenciales para nosotros. Lefty, que inicialmente imaginó que su profesión ganaría una legitimidad mayor gracias a la investigación, podría haber previsto cómo estar casado con una investigadora cambiaría su vida cotidiana, (p.ej., tener que circular en mi mundo académico y negociar conmigo el mercado de trabajo). Yo podría haber vislumbrado que tendría que elegir entre el avance en el terreno profesional o el compromiso personal y profesional con los sujetos de mi estudio. Aunque al fin al hubiésemos tomado las mismas decisiones, nuestras opciones hubiesen partido de una mayor información.

<sup>15</sup> Agradezco a Carol Joffe por hacerme notar que el problema central no era el casamiento, sino la diferencia de clase entre Lefty y yo. Por más que Lefty nació y se crió en un *background* de clase media similar al mío, su estatus como un tatuado heavy significaba que él tenía dificultades para circular libremente en la sociedad de clase media. Yo había conocido varias mujeres investigadoras que se habían casado con miembros del campo y tenían muy pocos de los problemas que Lefty y yo enfrentábamos. La diferencia era que ellas investigaban por arriba y al interior de su clase, en lugar de abajo. Gearing (1995), una mujer blanca que se casó con un hombre de color, también se divorció, aunque ella no haya elaborado las razones de este divorcio. Blackwood (1995), por otro lado, reconoció explícitamente la razón por la cual no podía volver con su amor y vivir con ella. Como los Estados Unidos no reconocen legalmente las uniones de gente del mismo sexo, la amante de Blackwood no pudo obtener una visa para entrar al país desde Indonesia.

hombres marginalizados intentan introducirse en los mundos de mujeres de clase media el pasaje es menos brusco. Las estructuras hacen que esto ocurra así, y lo aseguran.

La idea de que “hacemos la estructura” en el campo arroja luz sobre los actuales debates éticos que tienen en vista la subjetividad, la inmersión y la escritura en la investigación cualitativa. Uno de los descubrimientos principales de mis experiencias es que la subjetividad no es más o menos explotadora que la objetividad. Por ejemplo, diversos investigadores, que trabajan principalmente desde el paradigma feminista, advirtieron que hay una distinción entre la “verdadera” amistad y la amigabilidad que ofrecen los investigadores (Acker, Barry y Esseveld 1996; Cotterill 1992; Finch 1984; Gorelick 1991; Kirsch 1999; Patai 1991; Stacey 1988). Lo que es más, la amigabilidad de los investigadores es interpretada como manipulatoria porque enmascara sus objetivos de recolectar información antes que establecer lazos genuinos. Sobre este tema, Reinharz (1993, p. 72) notó que los lazos especiales entre los investigadores y los participantes en la investigación son una demanda excesiva para los investigadores feministas.

Mi experiencia lleva la crítica de Reinharz un poco más allá al señalar que los lazos genuinos y duraderos no son solamente una demanda excesiva, sino que son la fuente de la explotación. Si los investigadores y los participantes de la investigación tienen lazos íntimos, la intimidad puede ser más dañina y problemática que la objetividad. Si hay alguna distinción entre la intimidad real y la falsa, mi relación con mi informante clave y otros sujetos de estudio era verdadera, real y genuina como cualquiera en mi vida. Ser genuina, leal y forjar lazos especiales no era el problema. El problema eran las estructuras entre yo y mi población de estudio. Al final, los lazos que construimos no eran lo suficientemente fuertes para superar las múltiples desigualdades. Del mismo modo, a veces estos lazos emocionales reforzaban las relaciones de género tradicionales. Si hubiese sido una observadora distante y objetiva que abandonara el campo tan rápido como dejara de conseguir datos nuevos, Lefty hubiera resultado protegido de los efectos devastadores del shock cultural, el divorcio y la obligación emocional de ayudarme en mi trabajo. En este punto es importante introducir un advertencia clave sobre la subjetividad. Parece que los peligros y placeres del campo pueden dejar a los informantes, tanto como a los investigadores, heridos y doloridos después de sus encuentros cercanos.



Mi investigación también arroja luz sobre las políticas de inmersión en el campo. Por ejemplo, aquellos que proponen una sociología carnal (Wacquant 2004) y experiencial (Ferrell y Hamm 1998b) sugirieron que tomar parte en los entornos de acción tanto física como emocionalmente produce imágenes “mejores”, más vívidas y viscerales de las realidades vividas en la vida social. Estas aseveraciones nos conducen a diversas cuestiones éticas. Si realmente no podemos entender o describir concienzudamente las realidades vividas de un entorno social a menos que nos involucremos experiencialmente, ¿en qué lugar pone esto a los investigadores que estudian la prostitución de menores de edad (Inciardi 1993), o a los hombres que practican y pertenecen a una pandilla de violadores, (Bourgois 1995) o a los informantes que usan, producen o trafican drogas ilegales (Adler 1993; Tunnell 1995)? ¿No podemos entender realmente estos universos a menos que nos comprometamos en cada comportamiento con los miembros del entorno? Ciertamente, por tener sexo con sus informantes, Goode (1999, 2002) permitió que algunos empezaran a trazar el límite entre lo válido de la inmersión experiencial y la búsqueda gratuita de aventuras.

Mis experiencias de investigación sugieren que deberíamos evitar argumentar que cualquier comportamiento en el campo es inherentemente ético o poco ético. Para distinguir qué comportamientos son expresiones defendibles de una inmersión y cuáles son poco éticos, deberíamos extender nuestros intereses a las micro-políticas de la investigación. Los investigadores harían bien en evitar debatir si es equivocado o no tener sexo casual con los informantes, presenciar cómo una menor intercambia sexo por crack, estudiar silenciosamente las historias de una pandilla de violadores, o comprometerse con cualquier otra actividad en el campo. La herramienta más importante para evitar el daño y la explotación es identificar el contexto estructural que rodea nuestra investigación. Esto significa que necesitamos hacer más que reconocer las diferentes ubicaciones estructurales que ocupamos con respecto a nuestros sujetos de estudio, y darnos cuenta de cómo actuamos las de-sigualdades cuando tenemos sexo con nuestros informantes (Goode 1999, 2002), vemos intercambios de crack por sexo (Inciardi 1993) o escuchamos historias de violaciones conjuntas (Bourgois 1995). También deberíamos preguntarnos: ¿Cómo cambiaron la vida de los acompañantes sexuales del investigador y de otros miembros de la comunidad esos encuentros sexuales con los informantes? ¿Qué pasó con la chica

<sup>16</sup> De hecho, yo argumentaría que cualquier investigador que no puede contar qué les sucedió a los participantes de su investigación y las consecuencias que la investigación tuvo para ellos no estaba inmerso en el entorno.

<sup>17</sup> Por ejemplo, yo asumí que preguntarles a mis sujetos de estudio para que sean coautores conmigo sería una forma de no representarlos de manera distorsionada. Lo que pasó, sin embargo, fue que los miembros del campo no tienen el tiempo suficiente. Escribir conmigo hubiera significado perder importantes horas de trabajo y de avance en sus propios proyectos. Si bien la comunidad de tatuadores y el discurso académico dominante se podrían haber beneficiado por tener múltiples voces y perspectivas incluidas en lo que estaba siendo escrito sobre el mundo de los tatuajes, a fin de cuentas era importante para los miembros del entorno hacer la opción sobre los riesgos personales que implica la autoría (o cualquier otra práctica o instancia de investigación). En muchos casos, los déficits individuales de una escritura que conspira contra el canon tradicional de investigación puede ser más de lo que los miembros del entorno desean para comprometerse. Es su opción. Tampoco existe garantía de que nuestra escritura, experimental o tradicional, vaya a emancipar o liberar antes que a perpetuar las relaciones de poder más amplias.

que cambió sexo por crack en el punto de venta? ¿Qué paso, no solo con la banda de violadores en El Barrio, sino también con sus víctimas? ¿Cómo resultaron afectadas sus vidas durante el curso de la investigación y también a causa de la investigación? Poder contestar estas preguntas implica la diferencia entre inmersión o investigación gratuita.<sup>16</sup>

Estos puntos también nos hablan de cuestiones que tienen que ver con el discurso y las representaciones. De acuerdo con la perspectiva posmoderna, algunos tópicos y formas de escritura (especialmente revelar los temas tabú) pueden desafiar los modos dominantes de producción del conocimiento. Al caracterizar esta instancia, Behar (1995, p. 4) señaló que algunas formas de escritura pueden “descolonizar las relaciones de poder inherentes a la representación del Otro”. Quiero argumentar que las formas de escritura no tradicionales no son siempre y en cualquier lugar liberadoras o explotadoras. También “hacemos la estructura” al escribir. Así como las relaciones subjetivas en el campo pueden reforzar las desigualdades de género o cualquier otra, los textos experimentales o los temas tabú pueden apoyar y perpetuar prácticas más amplias que contribuyen a las desigualdades históricamente sostenidas. Deberíamos preguntarnos de qué modos actuamos, resistimos o nos acoplamos con las estructuras cuando escribimos. Del mismo modo, deberíamos darnos cuenta de cómo nuestra escritura cambia las vidas de los miembros de nuestro entorno de investigación.<sup>17</sup>

En síntesis, argumenté que nos desmadramos terriblemente con nuestras consideraciones éticas sobre las relaciones íntimas al interior del campo. El foco de nuestra atención no deberían ser tanto estas microconsideraciones, sino el modo en que nos involucramos en el sexo, el amor o la amistad con los informantes, qué es lo que constituye la inmersión ética y que conforma la búsqueda gratuita de aventuras, cuánto de nuestras emociones y relaciones deberíamos revelar, o cómo y en qué estilo deberíamos escribir sobre el Otro. En la perspectiva que desarrollamos, no hay una ventaja ética inherente de la subjetividad sobre la objetividad, de la amistad sobre la amigabilidad, de la intimidad sobre la distancia, del celibato sobre el sexo, del crimen sobre la legalidad, de la apertura sobre el silencio, o de la escritura experimental sobre el discurso tradicional. Deberíamos concentrarnos en cómo nuestras relaciones (íntimas o distantes), comportamientos (rupturistas o convencionales), emociones (amor u odio), escritura (tradicional o no), y otras opciones de investigación son cons-

treñidas por, trabajan en contra de o refuerzan a las estructuras sociales. Esencialmente, deberíamos ver a todas nuestras actividades de investigación como acciones que “hacen la estructura”. Esto también significa concentrar gran parte de nuestra atención en los efectos de esta resistencia o puesta en acto en nuestra población investigada –no en nosotros mismos. Este debería ser, y tristemente no fue, la guía que acompañe nuestras opciones y comportamientos.

*Reconocimientos:* Me gustaría darle muy especialmente las gracias a Patricia Adler, Peter Adler, Joanne Belknap, Paul Colomy, y Lance Talon por apoyarme y comentar diferentes aspectos de este paper. También me siento en deuda con el comité editorial de *Qualitative Sociology* y con los lectores anónimos por sus sugerentes recomendaciones y su apoyo.

## Bibliografía

- Acker, J., Barry, K., & Esseveld, J. (1996). “Objectivity and truth: Problems in doing feminist research.” In H. Gottfried (Ed.), *Feminism and social change: Bridging theory and practice*. Chicago: University of Illinois Press.
- Adler, P. A., & Adler, P. (1987). *Membership roles in field research*. Newbury Park, CA.: Sage.
- Adler, P. A., & Adler, P. (1991). *Backboards and blackboards: College athletes and role engulfment*. New York: Columbia University Press.
- Adler, P. A. (1993). *Wheeling and dealing*. New York: Columbia University Press.
- Adler, P. A., & Adler, P. (1998a). *Peer power: Preadolescent culture and identity*. New Brunswick, N.J.: Rutgers University Press.
- Adler, P. A., & Adler, P. (1998). “Forward: Moving backwards.” In J. Ferrell & M. S. Hamm (Eds.), *Ethnography at the edge: Crime, deviance, and field research*. Boston: Northeastern University Press.
- Adler, P. A., & Adler, P. (2004). *Paradise laborers: Hotel work in the global economy*. Ithaca, N.Y.: Cornell University Press.
- Anzaldúa, G., & Keating, A. (2002). *This bridge called my home: Radical visions for transformation*. New York: Routledge.
- Behar, R. (1995). “Introduction: Out of exile.” In R. Behar & D. A. Gordon (Eds.) *Women writing culture*. Berkeley: University of California Press.
- Bell, S. E. (2002). “Sexualizing research: Response to Erich Goode.” *Qualitative Sociology*, 25, 535-539.
- Blackwood, E. (1995). “Falling in love with an-Other lesbian: Reflections on identity in fieldwork.” In D. Kulick & M. Willson (Eds.), *Taboo: Sex, identity and erotic subjectivity in anthropological fieldwork*. New York: Routledge.
- Bolton, R. (1991). “Mapping terra incognita: Sex research for AIDS prevention – An urgent agenda for the nineties.” In G. Herdt & S. Lindenbaum (Eds.), *The time of AIDS: Social analysis, theory, and method*. Newbury Park, CA.: Sage.
- Bolton, R. (1995). “Tricks, friends, and lovers: Erotic encounters in the field.” In D. Kulick & M. Willson (Eds.), *Taboo: Sex, identity and erotic subjectivity in anthropological fieldwork*. New York: Routledge.
- Bolton, R. (1996). “Coming home: The journey of a gay ethnographer in the years of the plague.” In E. Lewin & W. L. Leap (Eds.), *Out in the field: Reflections of lesbian and gay anthropologists*. Urbana, IL.: University of Illinois Press.

- Bourgeois, P. I. (1995). *In search of respect: Selling crack in El Barrio*. New York: Cambridge University Press.
- Bryant, C. D. (1999). Gratuitous sex in field research: "Carnal lagniappe," or "inappropriate behavior." *Deviant Behavior*, 10, 325-329.
- Cesara, M. (1982). *Reflections of a woman anthropologist: No hiding place*. New York: Academic Press.
- Clifford, J. (1986). "Introduction: Partial truths." In J. Clifford & G. E. Marcus (Eds.), *Writing culture: The poetics and politics of ethnography*. Berkeley, CA.: University of California Press.
- Clough, P. T. (1994). *Feminist thought: Desire, power and academic discourse*. Cambridge, MA: Blackwell.
- Collins, P. H. (1991). *Black feminist thought*. New York: Routledge.
- Corbin, J. R., & Corbin, M. P. (1984). *Compromising relations: Kith, kin and class in Andalusia*. Aldershot: Gower.
- Cotterill, P. (1992). "Interviewing women: Issues of friendship, vulnerability, and power." *Women's Studies International Forum*, 15, 593-606.
- Davis, D. (1986). "Changing self-image: Studying menopausal women in a Newfoundland fishing village." In L. Whitehead & M. E. Conaway (Eds.), *Self, sex, and gender in cross-cultural fieldwork*. Urbana, IL.: University of Illinois Press.
- DeMello, M. (1993). "The convict body: Tattooing among male American prisoners." *Anthropology Today*, 9, 10-13.
- Denzin, N. K. (1997). *Interpretive ethnography: Ethnographic practices for the 21<sup>st</sup> century*. Thousand Oaks, CA: Sage.
- DeVault, M. L. (1990). Talking and listening from women's standpoint: Feminist strategies for interviewing and analysis. *Social Problems*, 37, 96-116.
- Douglas, J. D., & Johnson, J. M. (1977). *Existential sociology*. New York: Cambridge University Press.
- Dugger, K. (2001). "Women in higher education in the United States: II statistics." *International Journal of Sociology and Social Policy*, 21, 131-142.
- Duneier, M. (1999). *Sidewalk*. New York: Farrar, Straus, & Giroux.
- Ellis, C., & Flaherty, M. G. (1992). *Investigating subjectivity: Research on lived experience*. Newbury Park, CA: Sage.
- Finch, J. (1984). "It's great to have someone to talk to": The ethics and politics of interviewing women. In C. Bell and H. Roberts (Eds.), *Social researching: Politics, problems, practice*. London: Routledge.
- Fine, G. A. (2004). Review of *Body and soul: Notebooks of an apprentice boxer*. *American Journal of Sociology*, 110, 505-507.
- Finn, J. L. (1995). "Ella Cara Deloria and Mourning Dove: Writing for culture, writing against the grain." In R. Behar & D. A. Gordon (Eds.) *Women writing culture*. Berkeley: University of California Press.
- Ferrell, J., & Hamm, M. S. (1998a). *Ethnography at the edge: Crime, deviance, and field research*. Boston: Northeastern University Press.
- Ferrell, J., & Hamm, M. S. (1998b). "True confessions: Crime, deviance, and field research." In J. Ferrell & M. S. Hamm (Eds.), *Ethnography at the edge: Crime, deviance, and field research*. Boston: Northeastern University Press.
- Gallmeier, C. P. (1991). "Leaving, revisiting, and staying in touch: Neglected issues in field research." In W. B. Shaffir & R. A. Stebbins (Eds.), *Experiencing fieldwork*. Newbury Park, CA.: Sage.
- Gearing, J. (1995). "Fear and loving in the West Indies: Research from the heart as well as the head." In D. Kulick & M. Willson (Eds.), *Taboo: Sex, identity and erotic subjectivity in anthropological fieldwork*. New York: Routledge.
- Giddens, A. (1984). *The constitution of society*. Cambridge: Polity.
- Goffman, E. (1959). *The presentation of self in everyday life*. Garden City, N.Y.: Doubleday.

- Goode, E. (1999). "Sex with informants as deviant behavior: An account and commentary." *Deviant Behavior*, 20, 301-324.
- Goode, E. (2002). "Sexual involvement and social research in a fat civil rights organization." *Qualitative Sociology*, 25, 501-534.
- Gordon, D. A. (1995). "Feminist ethnography and the dissemination of literacy." In R. Behar & D. A. Gordon (Eds.), *Women writing culture*. Berkeley: University of California Press.
- Gorelick, S. (1991). "Contradictions of feminist methodology." *Gender and Society*, 5, 459-477.
- Gottfried, H. (1996). "Engaging women's communities: Dilemmas and contradictions in feminist research." In H. Gottfried (Ed.), *Feminism and social change: Bridging theory and practice*. Chicago: University of Illinois Press.
- Gubrium, J. F., & Holstein, J. A. (1997). *The new language of qualitative method*. New York: Oxford University Press.
- Inciardi, J. A. (1993). "Some considerations on the method, dangers, and ethics of crack-house research." In J.A. Inciardi, D. Lockwood, & A. E. Pottieger (Eds.), *Women and crack cocaine*. New York: Macmillian.
- Johnson, J. M. (1975). *Doing field research*. New York: Free Press.
- Kirsch, G. E. (1999). *Ethical dilemmas in feminist research: The politics of location, interpretation, and publication*. Albany, N.Y.: State University of New York Press.
- Kondo, D. K. (1990). *Crafting selves: Power, gender, and discourses of identity in a Japanese workplace*. Chicago: University of Chicago Press.
- Kulick, D. (1995). "The sexual life of anthropologists: Erotic subjectivity and ethnographic work." In D. Kulick & M. Willson (Eds.), *Taboo: Sex, identity and erotic subjectivity in anthropological fieldwork*. New York: Routledge.
- Kulick, D., & Willson, M. (1995). *Taboo: Sex, identity and erotic subjectivity in anthropological fieldwork*. New York: Routledge.
- Liazos, A. (1972). "The poverty of the sociology of deviance: Nuts, sluts, and perverts." *Social Problems*, 20, 103-120.
- Landau, S. (1994). "Universities and the two-body problem." *Computing Research News Letter*, March, 12-14.
- Lee, J. A. (1978). *Getting sex*. Toronto: General.
- Lee, J. A. (1979). "The gay connection." *Urban Life*, 8, 175-198.
- Liebow, E. (1967). *Tally's corner*. London: Routledge and Kegan Paul.
- Lofland, J., & Lofland, L. H. (1995). *Analyzing social settings: A guide to qualitative observation*. Belmont, CA: Wadsworth.
- Lois, J. (2003). *Heroic efforts: The emotional culture of search and rescue volunteers*. New York: New York University Press.
- Manning, P. (2001). "Review of *Sidewalk*." *Symbolic Interaction*, 24, 113-117.
- Manning, P. K. (2002). "Fatethics: Response to Erich Goode." *Qualitative Sociology*, 25, 541-547.
- Moraga, C., & Anzaldúa, G. (2002). *This bridge called my back: Radical visions for transformation*. New York: Third Woman Press.
- Mies, M. (1993). "Towards a methodology for feminist research." In M. Hammersley (Ed.), *Social research: Philosophy, politics and practice*. Newbury Park, CA.: Sage.
- Mifflin, M. (1997). *Bodies of subversion*. New York: Juno Books.
- Mitchell, R. (1991). Secrecy and disclosure in fieldwork. In W. B. Shaffir & R. A. Stebbins (Eds.), *Experiencing fieldwork*. Newbury Park, CA.: Sage.

- Murray, S. O. (1996). Male homosexuality in Guatemala: Possible insights and certain confusions from sleeping with the natives. In E. Lewin & W. L. Leap (Eds.), *Out in the field: Reflections of lesbian and gay anthropologists*. Urbana, IL: University of Illinois Press.
- Newton, E. (1993). "My best informant's dress: The erotic equation in fieldwork." *Cultural Anthropology*, 8, 3-23.
- Oakley, A. (1981). "Interviewing women: A contradiction in terms." In H. Roberts (Ed.), *Doing feminist research*. London: Routledge & Kegan Paul.
- Oboler, R. S. (1986). "For better or worse: Anthropologists and husbands in the field." In T. L. Whitehead & M. E. Conaway (Eds.), *Self, sex, and gender in cross-cultural fieldwork*. Chicago: University of Chicago Press.
- Palson, C., & Palson, R. (1972). "Swinging in wedlock." *Society*, 9, 28-37.
- Patai, D. (1991). "U.S. academics and third world women: Is ethical research possible?" In S. B. Gluck & D. Patai (Eds.), *Women's words: The feminist practice of oral history*. New York: Routledge.
- Rabinow, P. (1977). *Reflections on fieldwork in Morocco*. Berkeley, CA: University of California Press.
- Reinharz, S. (1993). "Neglected voices and excessive demands in feminist research." *Qualitative Sociology*, 16, 69-76.
- Ribbens, J. (1989). "Interviewing – An 'unnatural situation'?" *Women's Studies International Forum*, 12, 579-92.
- Ronai, C. R. (1995). "Multiple reflections of child sex abuse: An argument for a layered account." *Journal of Contemporary Ethnography*, 23, 395-426.
- Rose, D. (1990). *Living the ethnographic life. Qualitative research series, vol. 23*. Newbury Park, CA: Sage.
- Rose, D. (1991). "In search of experience: The anthropological poetics of Stanley Diamond." In I. Brady (Ed.), *Anthropological poetics*. Savage, MD: Rowman and Littlefield.
- Saguy, A. C. (2002). "Sex, inequality, and ethnography: Response to Erich Goode." *Qualitative Sociology*, 25, 549-556.
- Sanders, C. (1989). *Customizing the body: The art and culture of tattooing*. Philadelphia: Temple University Press.
- Scheper-Hughes, N. (1992). *Death without weeping: The violence of everyday life in Brazil*. Berkeley, CA: University of California Press.
- Schneebaum, T. (1969). *Keep the river on your right*. New York: Grove Press.
- Schrijvers, J. (1993). "Motherhood experienced and conceptualized: Changing images in Sri Lanka and the Netherlands." In D. Bell, P. Caplan, & W. J. Karim (Eds.), *Gendered fields: Women, men and ethnography*. New York: Routledge.
- Smith, D. E. (1987). *The everyday world as problematic*. Boston: Northeastern University Press.
- Smith, D. E. (1974). "Women's perspective as radical critique of sociology." *Sociological Inquiry*, 44, 7-13.
- Snow, D. (1980). "The disengagement process: A neglected problem in participant observation research." *Qualitative Sociology*, 3, 100-122.
- Stacey, J. (1988). "Can there be a feminist ethnography?" *Women's Studies International Forum*, 11, 21-27.
- Stanley, L., & Wise, S. (1983). *Breaking out: Feminist consciousness and feminist research*. New York: Routledge.
- Stewart, G. L. (1972). "On first being a john." *Urban Life and Culture*, 1, 255-274.
- Stoller, P. (2005). "The presence of the ethnographic present: Some brief comments on Loic Wacquant's" *Body and Soul*. *Qualitative Sociology*, 28, 197-199.
- Styles, J. (1979). "Outsider/insider: Researching gay baths." *Urban Life*, 2, 135-152.
- Trinh, T. M. (1989). *Woman, native, other: Writing postcoloniality and feminism*. Bloomington: Indiana University Press.

- Tunnell, K. D. (1998). Honesty, secrecy, and deception in the sociology of crime: Confessions and reflections from the backstage. In J. Ferrell & M. S. Hamm (Eds.), *Ethnography at the edge: Crime, deviance, and field research*. Boston: Northeastern University Press.
- Turnbull, C. M. (1986). "Sex and gender: The role of subjectivity in field research." In T. L. Whitehead & M. E. Conaway (Eds.), *Self, sex, and gender in cross-cultural fieldwork*. Urbana, IL.: University of Illinois Press.
- Vail, D. A. (1999a). "Tattoos are like potato chips... you can't have just one: The process of becoming and being a collector." *Deviant Behavior*, 20, 253-273.
- Vail, D. A. (1999b). "The commodification of time in two art worlds." *Symbolic Interaction*, 22, 325-344.
- Van Lieshout, M. (1995). "Leather nights in the woods: Homosexual encounters in a Dutch highway rest area." *Journal of Homosexuality*, 29, 19-39.
- Van Maanen, J. (1991). "Playing back the tape: Early days in the field." In W. B. Shaffir & R. A. Stebbins (Eds.), *Experiencing fieldwork*. Newbury Park, CA.: Sage.
- Vera-Sanso, P. (1993). "Perception, east and west: A madras encounter." In D. Bell, P. Caplan, & W. J. Karim (Eds.), *Gendered fields: Women, men and ethnography*. New York: Routledge.
- Wacquant, L. (2004). *Body and soul*. New York: Oxford University Press.
- Wade, P. (1993). "Sexuality and masculinity in fieldwork among Colombian blacks." In D. Bell, P. Caplan, & W. J. Karim (Eds.), *Gendered fields: Women, men and ethnography*. New York: Routledge.
- Warren, C. A. B. (1988). *Gender issues in field research*. Newbury Park, CA.: Sage.
- Williams, C. L. (2002). "To know me is to love me? Response to Erich Goode." *Qualitative Sociology*, 25, 557-560.
- Wolf, M. (1992). *A thrice-told tale: Feminism, postmodernism, and ethnographic responsibility*. Stanford, CA. Stanford University Press.